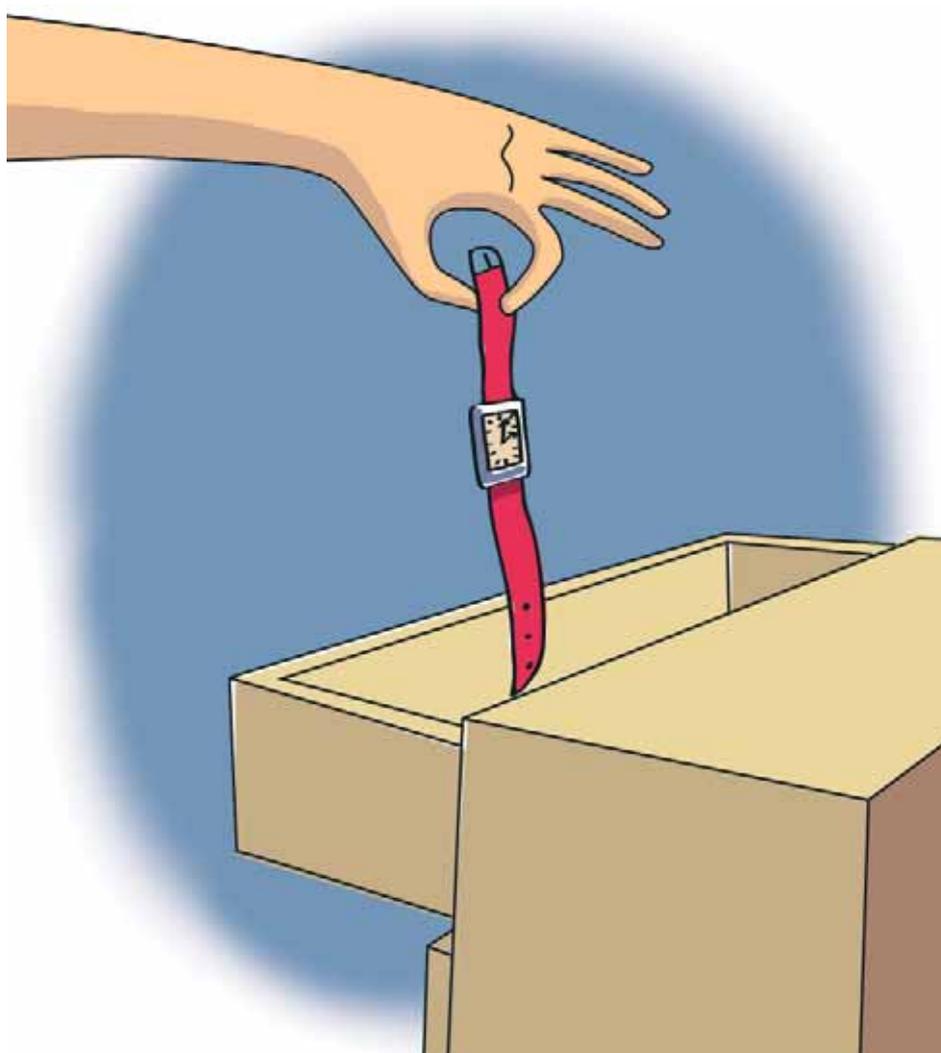


# Transformar la vida y crecer juntos



Desde la escuela se puede cambiar el mundo: sobre este convencimiento, la autora construye una relación educativa en la que se escucha, se valora la diversidad y se ayuda a cada chico y cada chica a estar presente en el aula desde su diferencia como hombre o mujer. Es una tarea no exenta de dificultades, en la que debe atreverse a pensar en voz alta y abrirse a las emociones de quiénes que la rodean.

---

LAURA MORENO EGEA

Profesora de Inglés, de Educación Secundaria  
Correo-e: lmegea@yahoo.es

Soy profesora de inglés en Educación Secundaria desde hace siete años. Hasta entonces, había dedicado mi carrera académica y profesional a la traducción, pero una experiencia como auxiliar de conversación en un centro escolar en el Reino Unido me llevó a reconocer mi vocación por la enseñanza.

Cuando empecé a trabajar en el instituto pensaba que lo más importante para ser una buena profesora era desarrollar todas las técnicas posibles de gestión y *maximizar* el aprendizaje: me preocupaba especialmente mantener la disciplina y no desperdiciar ni un segundo de clase. Sin embargo, al mismo tiempo me surgían preguntas sobre si esto, por sí solo, respondía a mi idea de la educación o a mi labor como docente.

Estoy encontrando el sentido de mi labor educativa gracias a algunas pensadoras de la diferencia sexual y a *Sofías*, mujeres que practican relaciones de autoridad en la educación, que me han dado claves para pensar en mi forma de estar presente hoy en la escuela.

Lo que he aprendido es, en primer lugar, que la escuela se hace cada día y que lo que hago en ella es política; que el ser mujer u hombre no es un dato indiferente, que se hace visible en las relaciones, tan presentes en la escuela. Además, he comprendido que solo partiendo de mi experiencia y enseñando en relación soy capaz de despertar deseos; y que mi propio deseo de educar me ayuda a superar muchas dificultades. Para mí la educación es un acto de amor que adquiere forma a diario en el aula.

### En la escuela se hace política

Uno de los motivos por los que elegí dedicarme a la enseñanza es porque pienso que desde la escuela se puede cambiar el mundo, se puede transformar. Sin embargo, mi idea sobre cómo puede transformarse ha ido cambiando con el tiempo.

En la adolescencia empecé a desarrollar una fuerte vocación social. Al principio pensaba que cambiar el mundo tenía que ver con la política de los grandes discursos de los partidos, con consignas y directrices sobre derechos humanos o justicia social. Ser mujer me hizo interesarme especialmente por el feminismo, por las reivindicaciones sobre los derechos de las mujeres. Y sin restar importancia a estas, he ido comprendiendo, sobre todo gracias a pensadoras como Alessandra Bocchetti o M.<sup>a</sup> Milagros Rivera Garretas, que cambiar el mundo tiene que ver con cambiar tu relación con él. La transformación de cada uno es un acto político, no de política institucional, sino de *política primera*, que es la que se hace en relación con otras personas, la que toca nuestras vidas y que, a su vez, cambia el mundo. En la escuela hacemos política porque ayudamos a transformar y nos transformamos, porque el trabajo de enseñar y aprender se hace en relación, y tiene que ver con la vida.

Si enseñar es igual a la vida, enseñar no significa exclusivamente transmitir conocimientos, preparar para una determinada prueba. He comprendido que no querer perder ni un solo minuto de clase o plantear una clase exclusivamente desde el punto de vista de los contenidos, no satisface ni mis deseos, ni el de mis alumnas y alumnos. Lo compruebo cuando pregunto en cuestionarios anónimos qué les gusta de la clase de Inglés. La mayoría de las respuestas no hablan de las actividades de *speaking*, de *listening*, ni de los trabajos. Hablan de la relación que tengo con mis alumnas y alumnos, a través de mi asignatura. Hay quienes manifiestan que les gusta "poder hablar de sus problemas en clase", "poder proponer juegos o actividades" o, simplemente "ver que la maestra sonríe cuando entra en clase". Mi manera de estar en el aula hace política, pues se basa en el intercambio y la escucha, incluso a costa de un poco más

de ruido en clase, para poder construir relaciones sin violencia, ya que en la escuela convivimos y nos relacionamos desde nuestras diferencias.

### Ser mujer no es un dato indiferente

Aprender a escuchar y valorar las diferencias de sexo –la diferencia primera–, de edad, de cultura, de religión, etc., significa acercarse a la diversidad con respeto y con curiosidad.

He aprendido que la diferencia primera, ser mujer o ser hombre, no es un dato indiferente: el hecho de nacer en un cuerpo sexuado en masculino o en femenino es fuente de experiencias vitales diferentes para chicos y chicas.

Ser mujer u hombre fundamenta la relación con la realidad, con la construcción de una parte muy importante de nuestra identidad. En mi caso, ser mujer significa buscar referentes en otras mujeres, en genealogías femeninas. Disfruto de la relación con otras mujeres, pues compartir con ellas experiencias comunes y el sentido que le damos cada una al mundo me ayuda a conocerme mejor a mí misma.

En mis clases está presente la diferencia sexual, por un lado, de forma inconsciente, pues cada cual lleva al aula quien es. Y quien soy está indisolublemente unido a mi cuerpo y mis experiencias como mujer. Por otro lado, también la llevo de forma deliberada, por ejemplo, cuando escucho a mis alumnas y alumnos en su singularidad, por lo que desean y no por lo que se espera de cada uno y cada una, intentando no confundir la igualdad de oportunidades con tratar *igual* a chicos y a chicas.

Además, ayudo a que estén presentes en el aula desde su diferencia de hombre o mujer, cuando los nombro en clase en femenino y en masculino. Es una forma de dar visibilidad a las mujeres que permite que mis alumnas y yo estemos presentes en el aula. Cada año compruebo que mis alumnas y mis alumnos asumen con más naturalidad que les hable en masculino y en femenino, y no solo no se sorprenden sino que lo agradecen.

Por último, llevar al aula la diferencia sexual significa, asimismo, transmitir conocimiento *encarnado* (Blanco, 2006), ligado a la realidad y a quienes lo crean, transmiten o utilizan. Así, cuando, por ejemplo, trabajo en mis clases de 2º de Bachillerato textos de escritoras anglosajonas valiosas para mí, textos que me explican la vida y que me sirven de modelo, trato de mostrar cómo me relaciono con el mundo. Reconozco autoridad a sus autoras y me encuentro presente en el aula. Esto significa abrir un espacio a la experiencia femenina que sirva de referencia sobre todo a las alumnas, pero también a los alumnos, pues me preocupa la manera en que los chicos adolescentes tratan, hoy en día, de afirmar su masculinidad, sin saber muy bien qué modelo seguir. Intento comunicar mi experiencia y abrirme a la de mi alumnado, a chicas y a chicos, a cada cual según sus necesidades y deseos.

### Educar en relación, partir de mí

Cuando doy clases trato de llevar al aula lo que soy y crear espacio para escuchar lo que mis alumnas y alumnos son. A veces pienso que viven con indiferencia el día a día en el aula, desconfío de sus deseos de aprender. Sin embargo, estoy aprendiendo a ver este deseo cuando estoy abierta a la relación, es-

cuchando y confiando en las capacidades de cada una y cada uno. Es muy placentero cuando consigo dejarme invadir por su entusiasmo y me alejo de la visión pesimista que solo ve pasividad y desinterés. Sí que tienen intereses, aunque a veces alejados de los que deseáramos. No me gustan los grafitis, pero me encanta ver la emoción con que montan un programa de radio para difundirlos. Desearía que les gustara Virginia Woolf, pero tengo que valorar y tratar de compartir su admiración por Laura Gallego.

Creo que solo consigo educar cuando de verdad me importan mis alumnas y mis alumnos, cuando los veo por lo que son y no por lo que me gustaría que fueran, como hace una madre, la primera educadora, pues educar es ser capaz de despertar el deseo de aprender y de desarrollar capacidades para seguir aprendiendo; acompañarlos en su viaje a la edad adulta, a la seguridad en sí mismas y en sí mismos.

Es cierto que con frecuencia encuentro barreras de comunicación, pero también resulta alentador comprobar cómo se implican en las actividades que trabajamos, cuando soy capaz de transmitirles la importancia que tienen para mí las actividades que les propongo. Pienso que se crece y se aprende en relación de confianza con quien enseña, y mis alumnas y mis alumnos no se suelen mostrar indiferentes a este hecho.

Con mi clase de 4º de la ESO, por ejemplo, cada año planteo actividades para que conozcan redes internacionales de mujeres por la paz. Suelo proponer *role-plays* de manifestaciones de grupos de mujeres pacifistas, como *Mujeres de negro* o *Las madres de la plaza de mayo*, para que investiguen sobre ellas y puedan identificarse con su valiente trabajo. En principio, no es algo que les atraiga, pero suelo vencer las barreras iniciales cuando propongo el tema a través de mi experiencia como mujer activista por la paz. De esta manera son capaces de empatizar con mis deseos, respetan lo que me emociona cuando les transmito emoción, igual que se sienten bien cuando entro sonriendo en clase, o se muestran disgustados si estoy de mal humor. Esto también significa que "la presencia de mis alumnos depende estrechamente de la mía: de mi presencia en la clase entera y en cada individuo particular" (Pennac, 2008, p. 109). Y la presencia de unas y otros tiene que ver con prestar interés a lo que son, con estar atenta a sus problemas familiares, a sus conflictos con profesores, a darles voz para organizar la clase. A través de la relación, el saber se crea y se difunde con más facilidad.

Además, estar abierta a la relación con las alumnas y los alumnos permite comprobar que sus vidas están llenas de emociones, algo que solo es posible ver esto si se está abierta al intercambio, sin dejarse vencer por presiones externas. De esta manera, a pesar de tener que ir corriendo de clase en clase, procuro no dejar de preguntarle a ese chico por qué ha estado tan triste durante toda la clase. A pesar de tener que cumplir un temario, pienso que es vital dejar espacio para escuchar a una chica que quiere contarnos esa actividad tan especial que hizo el año anterior con su maestra de inglés.

Estar abierta a la relación en la escuela también significa escuchar a las madres que acuden a los centros preocupadas por sus hijas e hijos. Ellas saben de la importancia de las relaciones en la escuela. La mayoría de las madres preguntan, en las tutorías, cómo se relacionan sus hijos y sus hijas, si se muestran sociables y animados, es decir, se preocupan por algo más que por la cantidad de conocimientos que adquieren. Esto es esperanzador y

me hace pensar que falta la presencia de las madres en el instituto. Como faltan tantas otras cosas.

## El deseo frente a las dificultades

Y es que esta tarea no está exenta de dificultades: el ritmo escolar a veces se torna frenético: elaborar programaciones, control de absentismo, disciplina, proyectos educativos, prisas por cumplir con el currículo. A veces no sé dar cauce en positivo a los conflictos que surgen en el aula, o me supera la poca flexibilidad de funcionamiento de la escuela, por su carga burocrática. Tampoco ayuda mucho que la Administración educativa siga el modelo mercantilista que tan solo busca conseguir resultados cuantitativos: cada vez con más frecuencia asistimos a evaluaciones de los resultados académicos, de diagnósticos que pretenden convertirse en la medida de lo que cada alumna o alumno vale y que incluso pueden provocar competitividad negativa entre centros. Mi tarea diaria como maestra no se puede reducir a la preparación de una prueba, a conseguir mejores resultados académicos.

Todo esto provoca, en ocasiones, un sentimiento de agotamiento y desazón, peligrosamente contagioso. Uno de los comentarios que con más frecuencia escucho en mi instituto es: "bueno, ya queda menos para el viernes" o "menos mal que dentro de poco llegan las vacaciones". A menudo estas frases se pronuncian con resignación y veces con bastante tristeza, como si las vacaciones fueran el momento en el que empieza la vida, y las clases el tiempo que transcurre hasta que podemos empezar a vivir. No sé qué nos impide disfrutar el presente, ver las clases como nuestra vida, sin que nuestra meta de la mañana sea alcanzar la sexta hora "para poder empezar el día", intentando encontrar su sentido.

Los días en los que me invade el sentimiento de impotencia ante el funcionamiento burocrático, el inmovilismo de la Administración o la falta de recursos, trato de pensar en mi deseo, en el deseo de las mujeres a las que concedo autoridad y en la experiencia de estas mujeres. Trato de pensar en mis alumnas y mis alumnos y en los principios que me guían como docente; con todo ello intento recuperar el optimismo.

Y es que, para mí, el centro de la educación está en buscar el bienestar de nuestras chicas y de nuestros chicos en la escuela, desde el amor que les tengo a cada una y a cada uno, desde el deseo de dejarse tocar por la realidad que cada uno vive, abierta a escuchar lo que pasa, sin miedo a abrir conflictos y atreviéndome a "pensar en voz alta" para contagiar ese amor entre quienes me rodean. Quiero enseñar partiendo de mi deseo, por encima de las restricciones de la institución escolar; quiero llevar al aula el sentido de quién soy, y enseñar, abierta a la relación con mis alumnas y mis alumnos, para transformar la vida y crecer juntos.

## para saber más

- ▶ **Blanco García, Nieves (2006):** "Saber para vivir", en Mañeru Méndez, Ana y Piussi, Anna Maria (Coords.). *Educación, nombre común femenino* (pp.85-113). Madrid: Octaedro.
- ▶ **Pennac, Daniel (2008):** *Mal de escuela*. Barcelona: Mondadori.